

Investigación Arbitrada

EL FESTIVAL DEL VIOLIN DE LOS ANDES

La música popular como patrimonio inmaterial del Municipio Tovar

MARLIN LISSMER FUENTES RAMÍREZ

LISSMERFUENTES@GMAIL.COM

0000-0002-5001-2371

LCDA. PROFESORA DEL DEPARTAMENTO DE ARTES VISUALES

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES- NÚCLEO UNIVERSITARIO “VALLE DEL MOCOTÍES”

RECIBIDO: 22/11/19 REVISADO: 12/02/20 ACEPTADO: 24/05/20

Resumen

En un mundo tan cambiante como el nuestro, es necesario perdurar en el tiempo. No solo lo que la humanidad ha producido sino también el recuerdo de nuestra memoria social, es decir, nuestras Tradiciones. En este sentido, en el siguiente texto intentaremos examinar y analizar la importancia de nociones como bienes materiales e inmateriales y Patrimonio cultural, cuyo criterio instan a identificar y preservar las manifestaciones creadas por nuestra sociedad, al querer destacar de modo particular a El festival del violín como una tradición cultural que durante diez ediciones consecutivas logró instaurarse patrimonio significativo para el municipio. Y además, desde entonces ha enaltecido el talento y la apreciación musical en la improvisación y ejecución formal del violín como instrumento principal de la localidad. Ello nos hace plantearnos las cualidades que se le aplican para tal apreciación y cómo permanece en la memoria colectiva como referencia simbólica de la música popular de Los Andes, junto con las artes y la cultura tovaraña.

Palabras clave:

Bien cultural, patrimonio, Festival del Violín, música popular, tradiciones.

The Violin Festival of the Andes, Folk Music as Intangible Heritage of the Tovar Municipality

Abstract:

In a changing world such as ours, it is imperative to not only preserve the cumulative knowledge that humanity has produced, but also for the remembrance of our social memory, our traditions, to endure through time. In this regard, in the following text, we will attempt to examine and analyze the importance of notions such as tangible and intangible goods, as well as that of cultural patrimony, whose criterion prompts us to identify and safeguard the manifestations conceived by our society, with a particular emphasis on highlighting “El Festival del Violín” which, during ten consecutive editions, emerged as a cultural tradition that materialized as a significant cultural asset of the municipality, which lauds the talent and musical appreciation of improvisation and the formal execution of the violin as the main

musical instrument of the locality. This leads us to propound the qualities ascribed to such an appreciation and how it remains in the collective memory as a symbolic referent of popular music from the Venezuelan Andes, along with the art and culture of Tovar.

Keywords:

Cultural asset, patrimony, Violin Festival, popular music, traditions.

Debajo de cada hecho “material” hay un mundo cultural invisible que lo tiñe y le da sentido.

Alberto Arvelo Castro

A través del tiempo, los objetos y monumentos se han constituido como testimonios que el ser humano deja convenientemente como constancia de su paso temporal en este mundo. La invención de una identidad cultural es construida al interpretar las múltiples formas y conexiones dinámicas de nuestro universo a través de los artilugios; estos creados a su vez mediante los recursos o medios que la naturaleza ofrece y, evolucionan en referencia creativa de su entorno. Nos encontramos entonces, al individuo experimentando el nato impulso de crear mediante manifestaciones, tanto artísticas y como de ritual. Es decir, que un lenguaje o expresión para comunicar pensamientos y emociones, es reconocido por los individuos que constituyen su conocimiento, y estimulado por la capacidad creativa y la esencia natural de su imaginación, que se consolidan en la apropiación de un patrimonio para lograr un real intercambio intercultural. De allí que una de las expresiones culturales llame nuestra atención como es *El festival del violín de Los Andes*, que se ha ilustrado como una manifestación popular, a fin de resaltarlo y revalorizarlo.

Bienes culturales patrimoniales

La expresión “bienes culturales” aparece por primera vez en la *Convención para la protección de los bienes culturales en caso de conflicto armado*, o mejor conocido como, *Convenio de La Haya* de 1954, promovida por la Organización de las Naciones Unidas (UNESCO) entendido como los bienes, muebles e inmuebles, que referencia la cultura de los pueblos, como suelen ser los testimonios del pasado (histórico, artístico, arquitectónico, antropológico, etc.); lo que representa la evolución histórica y social de determinada sociedad, en tanto que le confiera un carácter patrimonial, es decir, de herencia cultural.

Estos bienes, conformados entre piezas únicas e irrepetibles, contienen valores intrínsecos que identifican una memoria colectiva. La comunidad que la integra conserva, documenta y transmite los múltiples conocimientos y formas de manifestación particulares de sus tradiciones. Por tanto, estos bienes culturales se convierten en patrimonio; mientras se comprenda a este último como un legado de nuestros predecesores, pasado y presente, que debe protegerse y transferirse a las nuevas generaciones. Al respecto, Javier Marcos Arévalo, resalta que:

El patrimonio, lo que cada grupo humano selecciona de su tradición, se expresa en la identidad. El patrimonio cultural de una sociedad lo constituyen las formas de vida material e inmaterial, pretérita o presente, que poseen un valor relevante y son significativas culturalmente para quienes las usan y las han creado. El patrimonio cultural está integrado, consiguientemente, por bienes mediante los que se expresa la identidad. Es decir, los bienes culturales a los que los individuos y la sociedad en su conjunto otorgan una especial importancia. (2004: 930)

Es de destacar que los bienes culturales son de características muy diversas, porque sus valores no solo provienen de lo histórico y lo artístico, sino que también de aquellos bienes de carácter simbólico, costumbres y experiencias vivenciales que funcionan como productor de nuestras diferencias sociales. Por ello, mediante la *Carta sobre la conservación de la Cultura Tradicional y Popular*, redactada por la Unesco en 1989, es declarada la protección de la “cultura viva”, aquella basada en las tradiciones que se transmiten, ya sea oralmente o por medio de otras expresiones como la literatura, la música, la danza, los ritos, entre otras. No obstante, en el 2003, tras serias evaluaciones y el reconocimiento del peligro que padece la cultura viva al ser modificada o desaparecer, la Unesco implementa La *Convención para la salvaguardia del patrimonio cultural inmaterial*, definido como el Patrimonio vivo. “Se refiere a los usos, representaciones, expresiones, conocimientos y técnicas -junto con los instrumentos, objetos, artefactos y espacios culturales que les son inherentes- transmitidos por las comunidades de generación en generación”. (UNESCO: 2003). Ahora bien, en su lista bienes patrimoniales esta organización clasifica la música como una de sus manifestaciones, cuya tradición dialoga con los conocimientos y prácticas de su comunidad y se transmite entre generaciones. Para determinar qué y cómo preservarla es necesario observar los valores que nos brindan como bien cultural, es decir, el valor que se le da como manifestación creada por el espíritu humano, y el valor del individuo como sujeto creador, lo que *aprende, transforma y trasmite*.

La música como cultura

En la cultura existimos, expresa Leopoldo Chiappo “(...) nos movemos vivimos y somos, más aún: por la cultura ingresa nuestra vida real temporal en la participación de un modo de vida (...) se transfigura en la realidad concreta y sensible del mundo de los símbolos (arte, ciencia y filosofía)” (1984:3). Destaca, precisamente que en la cultura se reconoce la expresión del hombre y es esencial para su desarrollo dinámico la participación, la que nos permite ser y permanecer en el mundo cultural, para hacer de las manifestaciones algo que permanezca a través del tiempo.

Por ello, la música, y en es especial, la música popular simboliza una de las más importantes y representativas manifestaciones culturales de la humanidad, caracterizada por su fuerte carácter comunicacional desarrollado por los diversas y profundas melodías de sus composiciones armónicas, cargados de significaciones poéticas bajo diferentes ritmos melódicos debido a su extraordinaria espontaneidad. Estos, trasmitidos de generación en generación, se ha ido amplificando y mejorando en el uso de los diversos instrumentos y la práctica de su ejecución.

El valor excepcional que posee la música en su dinamismo y primacía nos hace interpretar a El Festival del Violín como una significativa tradición. Su ejecución pone en escena una costumbre que remota desde las profundidades del pasado andino, el cual consiste en evocar emociones con la simplicidad de la música del violín. Esta actividad, que posterior se volvió una manifestación cultural, fue una expresión creativa que infundió en la comunidad tovaraña un notable gusto y sensibilidad por la música de cuerda, realizando año tras año un encuentro donde se reunían diversas generaciones de músicos provenientes de pueblos cercanos, así como de estados y países remotos. Todo ello para dar continuidad a una innata experiencia aún viva en nuestras montañas.

Vemos el motivo de esta manifestación que resuena por primera vez en el año de 1988, cuando la expresión genuina de la música popular vio gestado un espacio que presentase el espíritu y la práctica artística de la música particular de esta región. Su filosofía ha sido integrar a la realidad cultural la música ejecutada principalmente por un instrumento de arco, el violín. La presencia del festival surgió, entonces, de la característica influencia de los Encuentros de conjuntos musicales de música campesina y canciones de protesta que en los años 70, numerosos grupos populares de diferentes partes de la región evidenciaban, al compás de ritmos, melodías y versos, la creatividad interpretativa del violín ejecutado en sus composiciones. Radio Occidente, en su perfil de “radio popular” del Valle del Mocotíes y zonas contiguas, apoyó este evento que se propuso principalmente por la propia comunidad de Tovar y del que luego la radio organizará, manejará y animará bajo la dirección del Presbítero Ricardo Silguero López, con el apoyo de Anser Ancía, Alberto quintero Bustamante, Celina Méndez, y de las voces fundadoras-promotoras, Irene Molina y José Alberto Orozco; distinguiéndose anualmente como un evento de envergadura regional que llegaría a efectuarse hasta el 14 de noviembre del año 1998.

Esta participación cultural inspiró a constituir la idea de compenetrar el conocimiento puro y la intuición artística ante la ejecución de la música popular, el cual reconoce, desde la efervescencia aún viva de los encuentros musicales, el poder protagónico de la ejecución del violín. Así, bajo la dinámica de impulsar las prácticas de un complejo instrumento como lo es el violín, se crea el festival que se manifiesta como un fenómeno que intenta no contraponer las ejecuciones de lo clásico y lo popular, sino como diría Carlos Contramaestre, “se propone la búsqueda de una convergencia que sirva de estímulo a la creatividad musical de los intérpretes de este instrumento sin trazar fronteras de ninguna naturaleza.”

Ante la necesidad de llevar a cabo un encuentro continuo y de gran envergadura que despertase los diversos placeres de la música, Radio Occidente y la Comisión organizadora de los Encuentros de Música Popular, unen esfuerzos con la Fundación Casa de la Cultura “Juan Feliz Sánchez” de Mérida, dirigida desde entonces por Corrado Canto Pacheco y Gloria Pargas de Gutierrez, cuya importante institución asumió y proyectó, de manera trascendental, los conocimientos y vivencias generadas por la experiencia extraordinaria de apreciar la natural esencia humana del “amor” por la música. A ello, se le sumaron el apoyo de instituciones públicas y privadas, culturales y académicas tanto regional como nacional, desarrollando una plataforma que permitiera cumplir con todas las necesidades protocolares para la recepción y asistencia de los participantes y demás allegados de todos los rincones de Los Andes y del país.

El violín de los andes

La apreciación del festival por este “elegante” instrumento representa una profunda influencia de un pasado común de los pueblos andinos. Algunos dicen que la riqueza de la ejecución del violín en esta región se ha producido durante décadas de forma natural, y ha sobrevivido debido a que algunos individuos han sentido la necesidad de vivir su música de manera empírica y autodidacta, compartiéndola con el pueblo. Alberto Arvelo Ramos reseña algunas reflexiones en su libro *El Violín de los Andes* y comenta como espectador del evento, que, para comprender el significado de la experiencia de la música del violín popular, “(...) el áspero timbre de los violines andinos tiene que estar teñido de los terrones, paisajes y los hombres desde los cuales surgen.” (1995: p. 13) para así hallar y sentir la poesía que se inspira en las vivencias de sus creadores.

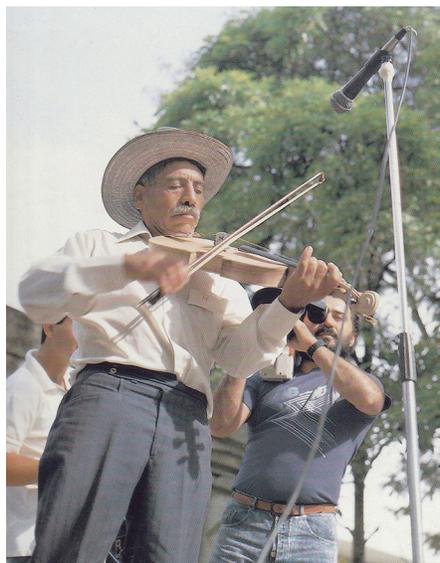


Aunque aún queda incierta la llegada del Violín a la cultura de los pueblos andinos, numerosas teorías permiten vislumbrar sus orígenes cuando sobrevino las batallas liberales de nuestro país, obligando a los extranjeros residenciados a emigrar a las frías montañas, para luego asentar las influencias europeas en estas comunidades, entre ellas, la ejecución del violín. Pero ya el violín, en épocas anteriores, consolidaba un estatus admirable gracias a destacados músicos académicos como Mozart y Bach, que hicieron de este instrumento una extraordinaria sinfonía que floreció del tecnicismo de las escuelas barrocas y que sobresale en los significativos movimientos como la música de Cámara y la orquesta sinfónica, en la que juntos con otros instrumentos de la familia del violín, como la viola, el violoncelo y el contrabajo (clasificados por Erich Hornbostel y Curt Sachs como cordófonos de arco= instrumentos de cuerda frotadas con un arco), crean una organología sinfónica que intentan impregnar en la imaginación del espectador una estética melodiosa y poética.

De los participantes

Lo anterior mencionado nos lleva a encontrar la genealogía de la idea con la que se ha ido guiando la sencilla filosofía del festival, el cual es reencontrar en un mismo escenario lo maravilloso de la música y lograr un intercambio, una integración entre las extraordinarias composiciones populares que no han llegado a los estándares académicos e involucrar la complejidad de las partituras académicas a la comprensión y espontaneidad del músico popular. Pero para poder lograr enaltecer e inspirar la continua práctica y creación de la música popular, el festival se programó equivalentemente como un concurso que concebiría su interpretación en dos vertientes: lo popular, de un rigor autodidacta y lo clásico, de una formación académica.

La Fundación Casa de la Cultura fue clave para contactar y atraer al evento a grandes figuras conocedoras de la música violinista académica del país, para que se encontrara y compitiera con el violinista popular, aquel carente de tecnicismo, pero virtuoso en la gestualidad de su música, y en su contacto se asombrara y descubriera, en primera estancia, la concepción musical más allá de la técnica. En esta práctica, los ejecutantes, tanto conocedores (provenientes de la academia) como los intérpretes (los llamados violinistas populares) llevan a cabo sobre un mismo escenario demostraciones de habilidades y destrezas, marcados fundamentalmente por la capacidad creativa de interpretar la música popular.



El llamado y la participación al evento habían sido masivos. Al festival acudieron innumerables violinistas populares desde las comunidades más distante de los suburbios merideños, así como también los que proceden de diferentes regiones del país como Lara, Trujillo, Barinas, Táchira, Monagas y Sucre. De igual manera, la recepción y asistencia por parte de los concertinos académicos, la participación de los primeros violines de la Orquesta Sinfónica Simón Bolívar, la Orquesta Nacional juvenil de Venezuela, la Academia Nacional del Violín de Caracas dirigida en aquel entonces por el prestigioso músico José Francisco del Castillo, (quien en reiteradas ediciones apoyó profundamente al festival en su calidad de Jurado honorario) consolidaron por primera vez en el país el desarrollo y el enriquecimiento de dicha experiencia.

Posteriormente, esta manifestación se hizo más notoria, ampliando en cada edición los horizontes de la música popular, hasta alcanzar lugares inesperados. Así, intérpretes importantes como Frank Di Polo, Eddy Marcano, Francisco Eloy Salazar, Gustavo Adolfo Dudamel, entre otros; las Escuelas de Música, primeros violines de la Orquesta de Cámara, como también las Orquestas Sinfónicas nacionales, regionales y municipales, como la Orquesta sinfónica Simón Bolívar del Táchira, la Orquesta sinfónica de Mérida, Orquesta Sinfónica Juvenil de Tovar, creadas bajo el Sistema Nacional de Orquestas Juveniles, infantiles, sinfónicas y de cámara de Venezuela fundada por el excepcional maestro José Antonio Abreu, se hicieron presentes para poder vivir y ser partícipes de este acontecimiento. Con la presencia de músicos provenientes de España y Bolivia, así como también de The Tiehackers, un trío intérprete de la música tradicional norteamericana, el festival alcanzó una proyección internacional, resonando más allá de los límites geográficos, y haciendo notorio la transcendencia de los principios de la convivencia social con la que fue concebida.

El concurso buscaba que la “confrontación” entre ambos ejecutantes (lo clásico y lo popular) demostrará sus potencialidades creativas en generar extraordinarias composiciones desde el propio conocimiento de la música y del instrumento. Aquí no se evaluaría la sinfonía perfecta de una partitura, ni se premiaría la impecable percusión del instrumento, sino que se reconocería al músico popular por sobre el clásico, y que este último, en palabras de José Francisco Del Castillo, se mezclaría con el pueblo inspirándose a componer su propia música, la cual sería su más grande ganancia.



Sin embargo, el jurado evaluador, estructurado principalmente por músicos conocedores y ejecutantes del violín, premiaban a los participantes en 3 distintas categorías: Violinista popular rural, violinista popular urbano y violinista clásico que interpreta música popular, eligiéndose los 5 primeros lugares según algunos aspectos fundamentales como la afinación, armonía, cuadratura y ejecución, y por supuesto, el veredicto del público. Estas pautas guiarían a recompensar el talento, esfuerzo, y compromiso de quienes hacen música para su cultura. Los premios consistían en un aporte monetario, un trofeo en bronce o madera, diseñados para la ocasión por distinguidos escultores locales. Además, a los ganadores se les obsequiaban violines, para seguir cultivando la música popular y motivar su práctica a las siguientes generaciones. Estos, en su mayoría fueron elaborados por luthieristas locales como Servio Tulio García, de Paiva (Santa Cruz de Mora), y Ricardo Molina, de San Francisco.

Asimismo, ha de destacarse premios especiales tales como: violinista popular rural de mayor edad, Niño violinista popular rural, cuyo ganador, por cuestiones legales, adquiriría una beca financiada por el festival durante un año para su formación académica, talleres y participación en alguna orquesta nacional, para seguir fortaleciendo sus conocimientos. Dado el movimiento centrífugo del encuentro, también se premiaba a los músicos clásicos acompañantes y a los músicos acompañantes más destacados del festival, denominado también músicos de planta, pues estos, con instrumentos armónicos como el cuatro y la guitarra, complementaban las ejecuciones de los participantes.



Quiénes lo organizan

Para el festival del violín realizarse en un entorno influyente artísticamente como lo ha sido Tovar, intuye un profundo conocimiento significativo de sus expresiones. Sabemos que su legado es un acercamiento a la tradición popular de la comunidad y cuenta con el apoyo de sus conocedores. De modo que cada dos años, durante el mes de diciembre y por tres días consecutivos, el lenguaje musical invadía la Plaza Bolívar de la ciudad de Tovar, con participantes, cultores y sobre todo espectadores, que asistían y apreciaban todo el escenario artístico de dicho espectáculo.



El desarrollo de este evento se puede describir en dos etapas: La primera etapa, durante las 6 primeras ediciones del Festival del Violín (1988, 1990, 1992, 1995, 1997, 2000), en la que la Fundación Casa de la cultura “Juan Félix Sánchez” ejecutó el evento como una extensión cultural de su institución, manteniendo una estructura organizativa heredada de los Encuentros de música campesina. La gerencia operita del festival básicamente estaba conformada por gente de Tovar, y esta es organizada en coordinaciones específicas para recibir y atender a los violinistas participantes, sus acompañantes y los voluntarios que durante el evento ayudaban a que se realice con éxito. El trabajo logístico se desplegaba en: Coordinación general, asistentes ejecutivos, coordinación de recepción (Mérida y Tovar), de inscripción, de acreditación, de servicio, de hospedaje, de alimentación, de tarima, de exposición, de actividades paralelas, de medios de comunicación, de prensa nacional, regional, internacional. Coordinación de trasmisión radial y brigada juvenil de apoyo. De modo que, desde el inicio hasta el cierre del festival se ejecuta un sinfín de actividades, las cuales se van desarrollando según las necesidades del programa.

Exposiciones Colectivas, de artistas locales y nacionales, festivales gastronómicos, concursos de pesebres, se van desarrollando a la par de los encuentros de los violinistas y las jornadas eliminatorias del festival, que se inaugura desde el primer día y que continúa hasta el tercer día, donde los finalistas se presentan en la ronda final, se premian a los ganadores y clausuran el evento desbordando en una fiesta musical con todos los participantes sobre el escenario.



Fundación festival del violín

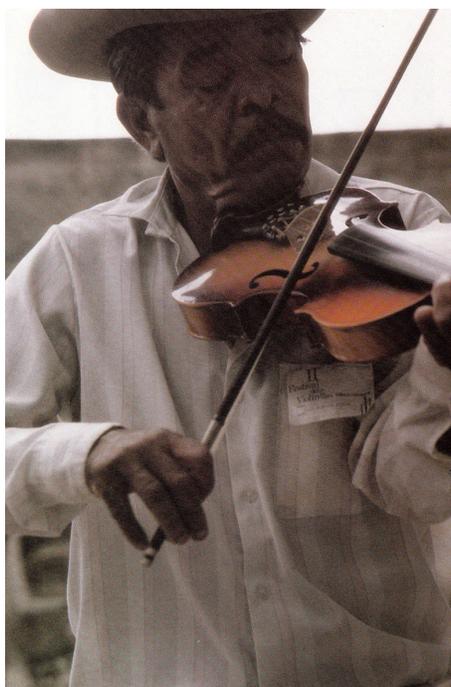
La segunda etapa la suscitaría la Fundación del Festival del Violín de los Andes creada en Tovar, que en las siguientes 4 ediciones (2002, 2005, 2007, 2012) ejecutaría la misma dinámica que como institución asumiría y proyectaría, comprometiéndose a seguir fortaleciendo, desde los cimientos tovarreños, las relaciones vivenciales y estéticas de la música en el espíritu de la comunidad. Su creación es propuesta por Giandoménico Puliti en el año 2000 como director del instituto Méridense de Cultura (IMC) y se consolida el 18 de junio del 2002, teniendo, hasta el día de hoy, a José Luis Guerrero como su director, impulsado, con el apoyo de las instituciones culturales de la localidad, por un sentido de pertenencia de instituir esta grandiosa labor bajo la dirección y persistencia de aquellos que han dado al festival una importante contribución presencial y humanística. Allí, se aprecia la voluntad de garantizarle al encuentro un reconocimiento significativo, un lugar propio a esta manifestación popular, asentando sus orígenes y formando a cultores que asuman la producción continua de esta transformación cultural.

El festival del violin como patrimonio cultural inmaterial

Decretar un bien patrimonial, como anteriormente hemos explicado, depende en gran medida de la comunidad en la que fue creada. Su uso representa un factor imprescindible para detectar cuáles son esos bienes, y como se determinan según su creatividad y diversidad de expresiones. La apreciación crítica del valor patrimonial surge entonces de su continuidad en el tiempo, de su historiografía, su aporte al desarrollo social y por supuesto, por sus valores asociados tanto en el pasado como en el presente.

El Festival del Violín es considerado un bien cultural según el “Catálogo de Patrimonio Cultural Venezolano 2004-2006”, donde es descrito brevemente en la categoría de Las Manifestaciones Colectivas. Y preciso porque se trata de una manifestación que se reactiva socialmente a través del lenguaje musical, capaz de reconocer, incorporar, relacionar y transmitir los principios y conocimientos propios de cada individuo que lo practica y lo vive.

Además, es pertenencia considerarlo un bien patrimonial desde la interpretación de su valores que se manifiestan desde: su valor histórico, en el impulso de conocer, transformar y continuar la tradición que la precede, recreándose cada dos años y tratando de desmarcar sus fronteras para seguir trasmitiéndola de diferentes formas; su valor artístico, en la necesidad de demostrar el valioso potencial de los individuos de su comunidad no solo en la ejecución del instrumento sino también en su creación, a la vez que procura formar y mejorar la disciplina e interpretación en su conocimiento y desarrollo técnico-musical desde lo académico y lo empírico; su valor estético, en la aproximación humana de generar, tanto en los espectadores como en los participantes, una apreciación por la música tradicional de los pueblos andinos. Y respeto a las distintas percepciones de manifestación de la música del Violín, de disfrutar lo que se produce y transmitir una idiosincrasia a su música. Y por último el valor social, que permite concebir la formación de nuevos conocimientos a partir del proceso participativo de la colectividad, donde generaciones de niños, jóvenes y adultos son capaces de reconocer el impacto positivo de representar y difundir sus experiencias. Contribuye a crear un vínculo social asequible para el desarrollo sustentable de la comunidad y la gestión de su entorno, favoreciendo al progreso social y el fomento de oportunidades de crecimiento para el individuo y la sociedad. Estos valores, por tanto, se reafirman en los objetivos de la Convención para la salvaguardia del patrimonio cultural inmaterial dado que el festival ha fundado y fortalecido su significado en el patrimonio vivo de la región, una proximidad al legado que se ha pensado y enaltecido nuestras vidas, la cultura.

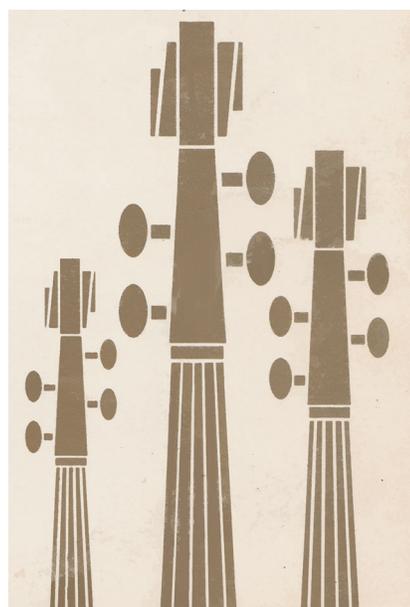
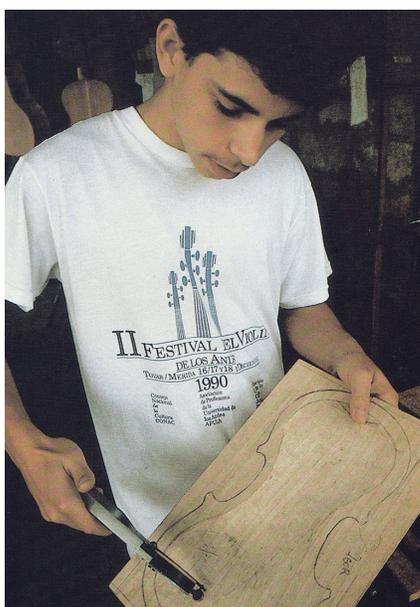


¡Arriba los corazones!

Para Canclini, “La memoria popular, en la medida que depende de las personas, es una memoria corta”, (1989:3) pues aquel que no comparta constantemente la historia y las tradiciones de su entorno, corre la triste fortuna de que el tiempo borre progresivamente las raíces de su identidad. Es de resaltar que el Patrimonio Cultural Inmaterial en algunos casos puede desaparecer o alterar sus características por diversas razones: el poco presupuesto para su realización, la modernización de la sociedad o sus conflictos sociales. Sin embargo, en este

sentido, el festival ha sobrevivido gracias al reapropiamiento de quienes han encontrado un espacio para alcanzar y vivir la profundidad poética de la música.

Pero esta reflexión contribuye a observar con preocupación una notable ausencia que el festival presenta en la actualidad. Las nuevas generaciones aún no han tenido la posibilidad de vivir la tradición y recrear tales experiencias en su comunidad, por lo que parte de la identidad con la que había florecido en tiempos anteriores poco a poco se ha ido aislando del espíritu cultural, manteniéndose ajeno a la comprensión y trasmisión significativa de las necesidades emergente de la cultura tovaraña. Han pasado casi 8 años desde que la última edición se realizase, imposibilitando seguir descubriendo la creatividad musical del individuo contemporáneo.



Para transformar el panorama actual, es preciso construir dinámicas que permitan mantener las vivencias populares en la mente de las nuevas generaciones. Las diferentes formas para acceder, apropiarse y seguir transformando esta manifestación son a través de los propuestos por la Convención de Patrimonio. Los parámetros y responsabilidades principales que sugieren para preservar y mantener vivo el Festival del Violín como patrimonio tovaraño se encuentran en el estudio, la investigación, promoción y transmisión de las experiencias propias de sus participantes, acumulando un legado documental para así poder acceder y mantener la producción e intercambio de conocimientos importantes para la interacción y la creación de nuevas tradiciones, dado que en su mayoría están constituidas por las anécdotas.

Finalmente, todavía es posible que el violín exprese cualidades sensibles que intenten entrelazar las raíces de la cultura popular con el presente, permitiendo que lo maravilloso de la música logre penetrar y sensibilizar las mentes más estrechas, ablandar los corazones más duros, compartir las melodías más sublimes y las composiciones más profundas. Esta tradición, esta fiesta musical, ha desafiado el tiempo y los prejuicios, ha enamorado y retado a los grandes de la música violinista, pero sobre todo ha demostrado que el mayor potencial de nuestro saber popular, de la cultura y la vida se encuentra en nuestros semejantes, manifestándose desde los principios de la libertad y el respeto de comprender y expresar las diferentes formas de expresión colectiva, pues "el verdadero poder de la música se consigue cuando nos perdemos dentro de ella".

Referencias Bibliográficas

- Castro, J., Arvelo Ramos, A. (1991). El violín de los Andes. Caracas: J.J Castro fotografía infrarroja C.A.
- Chiappo, L. (1984) La cultura como eternidad real. Humboldt, 25 (82). p. 2-3
- García Canclini, N. (1993) ¿Quiénes usan el patrimonio? Políticas culturales y participación social. Disponible en www.academia.edu/4254062/39740485_Canclini_Quienesusanelpatrimonio
- Marcos Arevalo, J. (). La tradición, el patrimonio y la identidad. Disponible en sgpwe.izt.uam.mx/files/users/uami/mcheca/GEOPATRIMONIO/LECTURA2E.pdf
- UNESCO (1954) Convención para la protección de los bienes culturales en caso de conflicto armado. Cap. 1, Art. 2
- UNESCO (2003) Convención para la salvaguardia del patrimonio cultural inmaterial. Art. 2
CONSULTADAS
- Mascasas, M. D. (Coord.). (1993). Enciclopedia temática Venelibros. Barcelona: Ediciones Nauta, S.A.
- Gispert, J.R. (1981). El canto popular. Folk y nueva canción. Barcelona: Salvat Editores, S.A.

Catálogos

- Fundación Casa de la Cultura “Juan Félix Sánchez” de Mérida. I Festival del violín de los Andes. Canto Pacheco, C. (Dir.)
- Fundación Casa de la Cultura “Juan Félix Sánchez” de Mérida. II Festival del violín de los Andes. Tirso Meléndez, A. (Coor.) p. 1-75
- Fundación Casa de la Cultura “Juan Félix Sánchez” de Mérida. III Festival del violín de los Andes. Tovar, 11,12 y 13 de diciembre de 1992. Tirso Meléndez, A. (Coor.) p. 1-69
- Fundación Casa de la Cultura “Juan Félix Sánchez” de Mérida. IV Festival del violín de los Andes. Tovar, 15,16 y 17 de diciembre de 1995 -. Mérida- Venezuela. Pargas de Gutiérrez, G. (Dir.) p. 1-83
- Fundación Casa de la Cultura “Juan Félix Sánchez” de Mérida. V Festival del violín de los Andes. Tovar, 12, 13 y 14 de diciembre- 1997- Mérida- Venezuela. Pargas de Gutiérrez, G., Canto Pacheco, C. (Coors.) p. 1-144
- Fundación Casa de la Cultura “Juan Félix Sánchez” de Mérida. (2001) VI Festival del violín de los Andes. Pargas de Gutiérrez, G., Canto Pacheco, C. (Coors.)
- Hernández, D. Instrumentos musicales de américa latina y el caribe. CONAC

Entrevista personales

A. Bonilla, abril 10,2017.

C. Méndez, abril 18, 2017.

J.L Guerrero, abril 25, 2017.